

## Viernes santo

---

### Sal 50

El Sal 50 no sólo es un salmo de petición de perdón, sino de percepción de nosotros mismos. Reconocemos ante este Dios, lleno de bondad, de inmensa compasión que somos capaces de quebrar relaciones, de quitar vida a los demás, de dejar herido el mundo, también nuestra madre tierra, que somos capaces de hacer que el mundo sea menos “Cielo”.

Nadie queremos esto, porque en cada persona anida un profundo anhelo de plenitud y felicidad, de eternidad... pero somos limitados, frágiles, pequeños. Quizás en nuestra vida hemos llegado a decirnos: *“ya no puedo cambiar, amar así no sé si puedo hacerlo”*.

Por eso, le pedimos lo más importante, algo que sólo Él es capaz de hacer: que, como creó los cielos y la tierra y todas las criaturas, cree en mí un corazón puro, sin mezcla, totalmente habitado por Dios y su vida. Y, como todo lo verdaderamente importante en mi vida, esta nueva creación de nuestra persona y corazón será algo dado.

### Cántico Habacuc

Estamos ante una página sobrecogedora del AT. A la vez preciosa, porque lleva en sí misma una pequeña semilla de evangelio.

El profeta contempla el imperio Asirio, yugo de Israel. Imperio sumamente cruel. Pero ahora se levanta otro imperio: Babilonia y Asiria será barrida.

El profeta pide que Dios realice su obra en medio de la historia, pero... ¡acordándose de la misericordia, con semejante enemigo!

Todo devastado, todo estéril, nada da ya su fruto, no hay rebaños, ni modos de subsistencia, sólo se vislumbra muerte, pero en medio de todo esto, el profeta confía: Dios responderá porque es FUERZA y en medio de la muerte hace germinar la vida, hace caminar por las alturas, nos reanima. Es lo único que queda, confiar.

También Jesús, ante su pasión, ve a quienes ya se acercan, ve como Habacuc acercarse el terremoto, y le da miedo, pero en esta hora, finalmente confía y apuesta por el evangelio hasta el final. También Él pedirá al Padre con sus propias palabras que en medio del terremoto se acuerde de la misericordia: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”

Nos unimos a Jesús y a tantos que sólo vislumbran muerte y pobreza en sus vidas, tantos angustiados y privados de sentido por causa de otros seres humanos, otras “Asirias y Babilonias” de nuestro tiempo.

### Sal 147

En este viernes santo en el que contemplamos a Jesús en su pasión y muerte, hay algo que llama la atención: a Jesús tan sólo le queda una cosa, la palabra. Esa palabra que Dios constantemente nos manda corriendo veloz, aunque en el trajín cotidiano pase tantas veces inadvertida.

Esa palabra creadora y re-creadora capaz de derretir y congelar, pero siempre desde el pequeño grano de mostaza, escondida, pero capaz de hacerlo fermentar todo. Esa palabra que anunció a Israel, a Jacob, a tantos hombres y mujeres en la historia: hoy se nos anuncia a nosotros.

Esa palabra que hoy vamos a contemplar cómo convierte lo inhumano en profundamente humano, la no-vida en vida plena, el grano de trigo en espiga. Esa palabra que entra sin ruido, que no apaga pábilos vacilantes ni quiebra cañas cascadas, que hoy se hace ternura y que, hoy como nunca, inyecta ternura en el mundo.

Nos unimos al salmista, y a toda la Iglesia, para alabar a este Dios que es Palabra y que, como si fuera flor de harina, nos desea saciar con ella.